

ÍNDICE

Presentación	9
Tema I. Origen de la Educación Comparada	11
Tema II. La Educación Comparada en el siglo XIX	19
Tema III. La Educación Comparada en España en el siglo XIX	31
Tema IV. La Educación Comparada en el siglo XX	39
Tema V. La Educación Comparada en España en el siglo XX	51
Tema VI. Conceptos y tendencias en Educación Comparada	59
Tema VII. Fin de la Educación Comparada	73
Tema VIII. Método de la Educación Comparada: descripción e interpretación	85
Tema IX. Método de la Educación Comparada: yuxtaposición y comparación	97
Tema X. Fuentes de la investigación comparativa	107

Tema I

ORIGEN DE LA EDUCACIÓN COMPARADA

1. INTRODUCCIÓN

¿Cuál es el interés de conocer la historia de la Educación Comparada? Principalmente el de aprender de los comparatistas del pasado su «modo de hacer» Educación Comparada. Además, se puede pensar en el de obtener una buena base para abordar el estudio de la naturaleza de esta disciplina y en el de comprender su desarrollo en relación con la historia general.

Al observar, paso a paso, el camino seguido por los cultivadores de esta disciplina, podemos aprender a través de sus obras escritas la forma de trabajar en este campo. Mediante el recurso a la experiencia ajena estamos mejor preparados para afrontar nuestros estudios comparativos. Nos servimos de aquella para evitar errores y aprovechar aciertos. Se trata de estudiar ese «modo de hacer» Educación Comparada de los comparatistas que han precedido en el tiempo a los actuales para tener una guía que oriente a la hora de emprender una investigación comparativa.

Con esto se pretende que el que se inicia en los estudios comparativos interiorice, intelectual y psicológicamente, los pasos que han marcado el avance de esta ciencia. Al conocer las condiciones del surgimiento de la Educación Comparada, sus primeros pasos y aplicaciones, los fallos en su tratamiento y las labores de perfeccionamiento de sus cultivadores principales, el estudioso de esta materia obtiene una buena base para enfrentarse a la comprensión de lo que es la Educación Comparada en el presente, su valor y sus posibilidades de acción en el mundo de la educación.

Por otro lado, interesa también, desde un punto de vista teórico, conocer la evolución del concepto de esta ciencia de la educación desde sus orígenes hasta la actualidad, ya que ello forma la base del estudio de su concepto

actual y facilita la comprensión de las diversas posturas que existen al respecto. En tercer lugar, el conocimiento general de la disciplina se alcanza mejor si se coloca en relación con el progreso global de la educación y de las ciencias sociales y pedagógicas y de las técnicas de investigación.

En los últimos tiempos el estudio de la historia de la Educación Comparada ha declinado. Esto tiene una explicación doble. Por una parte, una vez que se ha dado a conocer esta historia y se ha aprovechado su potencial didáctico, no tiene sentido insistir una y otra vez en ella. Los comparatistas actuales prefieren, lógicamente, centrar sus esfuerzos en la aplicación de esta ciencia, esto es, en mirar hacia el porvenir. Hace muchos años que se conoce la historia de la Educación Comparada en los países más adelantados de Occidente, aunque hace muy pocos que se conoce la española. En segundo lugar se trata de una ciencia joven, apenas cuenta con algo más de un siglo de existencia, aunque esto sea algo discutible según algún punto de vista. Por ello puede entenderse que no ha transcurrido suficiente tiempo para elaborar una historia definitiva, suficientemente amplia y comprensiva.

2. EL PROBLEMA DE DISCERNIR LA FECHA DEL NACIMIENTO DE LA EDUCACIÓN COMPARADA

Fijar con precisión el origen de la Educación Comparada es tarea tan difícil que ninguno de los que se ha ocupado de la historia de esta disciplina se ha atrevido a hacerlo de modo definitivo. Una de las razones de ello está en uno de los «problemas» que lleva consigo la Educación Comparada como ciencia, que también tiene sus repercusiones en la cuestión del método. Se trata del problema de la comparación en sí misma, en tanto que operación mental del hombre. El ser humano tiene la capacidad mental de comparar, como tiene la de deducir y predecir. La comparación es tan antigua como el pensamiento del hombre y por ello es infinitamente anterior a cualquier ciencia comparativa y, en principio, no tiene nada que ver con ninguna de aquellas. Sólo se puede hablar de ciencia comparativa cuando la comparación se realiza de modo sistemático. El resto de comparaciones, más o menos perfectas, son otras tantas operaciones mentales más o menos perfectas.

Algunos hombres en la antigüedad y en épocas anteriores a la actual aplicaron esa capacidad a sus observaciones sobre la enseñanza de los países que mediante viajes o relatos conocieron. Por tanto, apurando quizás algo los conceptos, se puede decir en un sentido amplio que la Educación Comparada tiene raíces muy antiguas, tanto como lo tienen las observaciones comparativas mencionadas. Un concepto más restringido, sin embargo, deja de lado estas comparaciones espontáneas más o menos elaboradas, esto es, no sistemáticas, y se centra únicamente en las realizadas con cierto método para conseguir un fin.

Otra de las razones que dificultan la fijación de una fecha concreta es que la obra generalmente considerada como fundacional, publicada por Jullien de Paris en 1817, *Esquisse et vues préliminaires d'un ouvrage sur l'Education Comparée*, pasó desapercibida hasta bien entrado el siglo XX. Los comparatistas que sucedieron a Jullien de Paris actuaron como si éste no hubiese existido para esta ciencia. Cabe pensar, pues, que su nacimiento no se corresponde con el de dicha publicación, sino que es posterior.

Por tanto, cuando se cita a los viajeros de los siglos pasados que prestaron alguna atención a la educación de los países que visitaron, como representantes de una Educación Comparada embrionaria, no se debe olvidar que ni ellos pudieron siquiera imaginar una ciencia comparativa, ni que, en realidad, lo que hacían era combinar la operación mental de la comparación con sus observaciones de aspectos sociales —la educación entre otros— desconocidos y extraños para ellos. No obstante, es común en los tratados de Educación Comparada incluir a estos viajeros en la historia de esta disciplina y referirse a ellos como los representantes de la etapa denominada «prehistoria de la Educación Comparada».

La antigüedad clásica presenta ejemplos de estos autores con Herodoto, Estrabón, Jenofonte, Plutarco, Cicerón, Tácito y otros. Más adelante, los viajeros que exploraron rutas y tierras, tanto en el Nuevo Continente como en Asia, también dieron lugar a referencias sobre la educación de los pueblos que visitaron.

Por otro lado, respecto de la obra de Jullien de Paris, hay que decir que en ella se da la muy curiosa circunstancia de que a pesar de ser la primera obra en la que se otorga decididamente a la Educación Comparada una finalidad práctica y un carácter sistemático, y por ello destaca de modo sobresaliente entre otras anteriores y posteriores, no tuvo influencia alguna en el desarrollo de esta ciencia, por pasar inadvertida para sus cultivadores hasta el año 1943. En este año el comparatista español Pedro Rosselló la dio a conocer mundialmente desde la Oficina Internacional de Educación, de Ginebra. Es, por tanto, una obra fundacional que no puede considerarse como tal.

3. LA GÉNESIS DE LA EDUCACIÓN COMPARADA

Durante siglos, desde Heródoto hasta Mandeville, desde Marco Polo a Samuel Purchas, las correspondencias culturales entre distintas comunidades, pueblos y países han tenido un lugar destacado en las anotaciones de viajes al extranjero. Lo mismo puede decirse de la educación, desde la época clásica hasta la Pedagogía del Extranjero, cuya vigencia es patente incluso en la prensa cotidiana de nuestros días.

Como escribe Brickman en «Una introducción histórica a la Educación Comparada» (*Comparative Education Review*, 1960, 3:3, página 7), viajeros

de todas las épocas, bien por curiosidad, para comerciar, a causa de los conflictos,

volvían con hechos e impresiones relacionadas con las culturas de los países que habían visitado. En sus informes incluyeron comentarios acerca de los jóvenes y de su crianza. También hicieron algunas observaciones sobre las semejanzas y diferencias en la forma de educar a los niños. Algunos, en realidad, llegaron a conclusiones que implicaban expresar juicios de valor.

Sin embargo habrá que esperar hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX para encontrar los primeros intentos de sistematización de las observaciones sobre la enseñanza en el extranjero y las primera monografías dedicadas a este tema. Y no es difícil comprender la razón: ése fue el momento en el que se establecieron los cimientos de los sistemas de educación primaria nacionales y, por consiguiente, unos órganos políticos y de administración de la educación cuyos responsables carecían de predecesores. El recurso a otras administraciones, por tanto, a Prusia en particular, era obvio.

En otros lugares podrían hallarse modelos, ejemplos criticables que evitarían caer en los mismos errores, o bien que por su probado éxito, a los ojos del observador, debían ser lisa y llanamente copiados y trasplantados. Junto a estas dos razones, la creación del sistema escolar público y de las administraciones escolares, habría que añadir el auge del nacionalismo, aunque, como ha señalado Holmes, «la rivalidad y la competitividad entre naciones favorecieron la imitación. Pero los sentimientos nacionalistas, que incluían la estima de las virtudes nacionales, la desfavorecían» (*Comparative Education: some considerations of method*, London, 1981, p. 19).

Por primera vez aparecen los informes realizados por una nueva clase de funcionarios específicamente dedicados a la educación, generalmente procedentes de otros campos del saber, como Cousin, Arnold y Harris, aunque genuinamente preocupados por el desarrollo del sistema educativo de su propio país.

Por otro lado, no es extraño que ese inicial sentimiento de curiosidad que respondía a un objetivo implícito, a veces explícito, de observar, copiar y trasplantar y que, por su propia naturaleza, era ya una comparación entre lo propio y lo ajeno, se fuera traduciendo en un interés netamente comparativo a medida que fue transcurriendo el siglo XIX, culminando indudablemente con la figura de Sadler. Es precisamente en el mismo periodo cuando dan comienzo las sistematizaciones de otras ciencias cuyo objeto formal es la comparación: el derecho comparado con Montesquieu (1747), la anatomía comparada con Goethe (1795), la lingüística comparada con Bopp (1816), la literatura comparada con Villemain por un lado y Noël y Laplace por otro (1816).